

Sin razón

Julián Penagos Carreño

No, no sabe por qué lo hizo.

Pepe detiene el Chevy modelo 78, lo único que no perdió en el divorcio, a un lado de la autopista. Al abrir la puerta siente el contraste de un viento frío que se arremolina en su cabello. Sigue caliente por culpa del aguardiente y por lo que acaba de hacer. Con dificultad saca, de a uno, sus pies. Se levanta y trastabilla con obstáculos que no existen. Mira a ambos lados de la carretera solitaria. Lo ve todo borroso. A lo lejos escucha el sonido estridente e intermitente de unas sirenas.

«Que no, que no, que no pasó nada... yo no he hecho nada», dice. Se recuesta sobre el automóvil. Lo observa. Del baúl se derrama un líquido oscuro (¿sangre?), pero Pepe no puede distinguir qué es. Su cabeza se tambalea como si fuera uno de esos muñecos que se mueven al compás de cualquier vibración. Con su mano izquierda se acaricia el rostro. Intenta recobrar algo de sobriedad. Mira dentro del Chevy. En el asiento trasero están las ediciones de la RVR60 *Biblia Cronológica Día por Día*, una sobre otra. Son veinte, en el baúl hay otras treinta, o eso cree él. Hoy tampoco pudo vender ninguna.

«Es un buen negocio, Pepe. Se venden rapidísimo». Esto le había dicho su amigo Chalo, con quien estudió en la universidad y ahora trabaja en el departamento de aduanas. Las biblias eran de contrabando. Seguro estaban destinadas para otra cosa; son libros gruesos en los que se puede esconder cualquier objeto. Decomisaron el cargamento y nadie fue a reclamarlo. Entonces, Chalo, para ayudarlo por lo del divorcio, las sacó a escondidas y se las «regaló» a bajo precio, diciéndole: «Toma, Pepe, para que te levantes de nuevo». Chalo sabía que la separación había sido violenta. Hubo abogados, demandas, cárcel y Pepe quedó en la ruina. Chalo creía que su amigo no se merecía todo este castigo, a pesar de lo que le hizo a su esposa.

Al principio, las intentó vender en la ciudad, pero allí ya nadie compra biblias porque todo el mundo perdió la fe. Entonces, Pepe decidió ofrecerlas en los pueblos alejados. Pensó que la gente de la provincia seguía siendo devota, pero no fue así. Todos los días se montaba en su Chevy 78, y desde la mañana recorría dos o tres pueblos. Vendía pocas, por no decir ninguna. Por eso, en las tardes, cansado y con el poco dinero que había conseguido, se sentaba en alguna tienda de mala muerte a tomar aguardien-

te hasta el anochecer. Después, manejaba medio ebrio a la pensión donde dormía en la ciudad. Nunca se había pasado de tragos. Nunca había pasado nada. Nunca se había descontrolado. Hasta esa tarde, cuando vio a la mesera del bar. Tan pequeña, tan joven, tan indefensa, tan parecida a su exesposa.

«La gente ya no cree en Dios por culpa de los curas, por lo que les hacen a los niños», grita en la atenuada oscuridad. Solo puede sentir el vaho de vapor caliente y anisado que sale de su boca. El sonido de las sirenas se ha hecho más fuerte y su fulgor intermitente brilla en las ventanas del Chevy. Un frío le recorre el cuerpo, se concentra en su pecho, lo oprime con tal fuerza que él cree que va a explotar. Luego suelta un gemido acompañado por un llanto. «A esos nadie los castiga. ¿Por qué lo hice?», se lamenta.

Cuando ofrece las biblias le dice a la gente que ellas dan consuelo ante los problemas. Que basta con abrirlas en cualquier parte y te responden y tranquilizan. Pepe se mete dentro del carro, prende la bombilla auxiliar, toma uno de los libros, lo abre al azar, recita un fragmento con voz torpe y metálica: «Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, ¡y que se le hundiese en lo profundo del mar!» (Mateo 18:6).

Queda pasmado. La biblia le ha dado una respuesta. Buscaba una justificación, en cambio, encontró una condena. Él sí será castigado. Así debe ser. ¿Y si busca otro texto?

No tiene tiempo. Un policía, con la mano puesta sobre una funda de cuero donde guarda una pistola, se ubica al lado de la puerta trasera del Chevy y ordena: «¡Señor, salga del auto ya mismo y abra el baúl!».